

## RITA CRECIENDO

Después de escribir cinco novelas para lectores de nivel intermedio que fueron publicadas por Farrar, Straus y Giroux, estoy publicando por mi cuenta. El nuevo libro es la historia de Rita Martínez, una niña de doce años quien nació en los Estados Unidos, y de su madre, Alicia, quien vino aquí ilegalmente. Cuando recogen a Alicia en una redada de inmigración, Rita tiene que encontrar el valor y los recursos para sobrevivir mientras busca a su madre e intenta recuperarla. Como mis otros libros, esta historia es de niños que habitan en los márgenes de la sociedad, que tienen un gran desafío al que enfrentarse, que actúan por si mismos, y que reciben el apoyo y la ayuda de adultos que también viven en los mismos márgenes. Como mis demás libros, es una fusión del mundo en el que vivimos y del mundo dentro de mi cabeza.

Por Michael de Guzman

*Melonhead - Cabeza de melón*

*Beekman's Big Deal*

*The Bamboozlers*

*Finding Stinko*

*Henrieta Hornbuckle's Circus of Life*

*Growing up Rita - Rita Creciendo*

*Cosmos DeSoto and the  
Case of the Giant Steel Teeth*

*The King and Queen of Moonlight Bay*

*Strangers: the Story of a Mother and Daughter*

*Searching for a Place to be*

*Cosmos DeSoto and the  
Search for Gomez Moxley*

*I, Maxim Waxman*

## Elogio de los libros anteriores

### El circo de vida de Henrietta Hornbuckle

“La limpia y atractiva narración de tercera persona y el diálogo rápido distinguen esta novela artística y concisa de la inevitabilidad del cambio, para bien o para mal. No sólo es el estilo de tiro recto un contraste interesante para el telón de fondo de circo colorido, pero también recuerda a la manera cariñosa y franca de Henrietta y su obstinada naturaleza.” -- *Kirkus* (estrellado)

### Encontrando a Stinko

“En un mundo donde parece imposible la redención, esta parábola de la supervivencia es fascinante y todavía logra expresar un elemento sensible al tiempo que nunca falta de fanfarronada. Guionista de Guzmán transmite una sensación cinematográfica de acontecimientos que mantiene el ritmo en movimiento y le da a esta gran novela corta un atractivo para el lector relucante.” -- *School Library Journal*

### Los engañadores

“La humorosa travesura de ritmo rápido por de Guzmán presenta a otro héroe joven, valiente y creíble. Orquestando hábilmente tanto la trama como los personajes, de Guzmán termina el cuento en una nota perfectamente afinada.” -- *Publishers Weekly* (estrellado)

Rita Creciendo  
Derechos del autor © 2011 por Michael de Guzmán  
Todos los derechos reservados por el autor

MichaeldeGuzman.com

Obra de ficción.  
Cualquier semejanza entre estos personajes y  
cualquiera de los lugares descritos es coincidencia.

Portada original de Michelle Templeton

Diseño gráfico por Rebecca Bush

Traducción: Juan Carlos Ramírez

Agradecimientos: Mark Overland y Jeff Sanders

ISBN:

1. Madre e hija – ficción. 2. Inmigración - ficción. 3.  
Detención - ficción. 5. Deportación – ficción. 4. La vida  
en un hotel – ficción. 5. Lector intermedio – ficción. 1.  
Título

En memoria de mi familia que vino de América del sur, y para Marilyn, el amor eterno de mi vida.

RITA CRECIENDO

Michael de Guzman

## Prólogo

### Dentro del agujero del conejo

Descendieron en la oscuridad. Había siete de ellos. Alicia iba al último. Nadie dijo una sola palabra. Los únicos sonidos eran el crujir de la escalera y los chirridos y chasquidos de criaturas nocturnas. Tenía sólo unos minutos para pensar acerca de lo que estaba por hacer. Podía cambiar su decisión. Ella no tenía que hacerlo. De hacerlo, no habría vuelta atrás. El pasado habría desaparecido. Abandonaría a sus seres queridos. Ella no tenía idea si los vería otra vez. Todo lo que había conocido sería sólo un recuerdo. Estaría en un mundo del que no sabía nada, donde no conocía a nadie. ¿Qué tan diferente sería? ¿Cómo prosperaría? ¿Cómo sobreviviría?

Llegó el momento. Ella miró el cielo, el brillo de sus estrellas, respiró profundamente el aire fresco, olía su familiaridad, y luego comenzó a bajar. Al llegar al fondo, ella se puso de gatas sobre sus manos y rodillas y se arrastró en la negrura entintada. Se sentía tragada por ella, como si la garganta de la tierra se estuviera cerrando a su alrededor. Perdió todo sentido del tiempo. No tenía idea de que tan lejos tenía que ir.

El túnel era estrecho. No había espacio para dar vuelta. El techo era primitivo, hecho de trozos de madera sostenidos por vigas cortas. Las paredes y el piso eran de tierra y piedras. Sus manos y rodillas estaban rasguñadas y le dolían. Le cayó tierra del techo sobre el cuello y se le metió dentro de su blusa. Le daba comezón en la espalda. Tenía la boca seca. Pensó que se iba a vomitar. Tiró del bulto que arrastraba para asegurarse de que todavía lo tenía con ella. Intentó concentrarse en su respiración, en mantener la calma. No podía ver ni su mano frente a su cara.

Ser enterrada debe ser así, pensó. Todo el sentido de su ser físico había desaparecido. No sabía si estaba con otras personas o sola. Se esforzaba por escuchar. Solo oyó una respiración forzada. Tal vez era la suya. Sentía como si hubiera estado arrastrándose una eternidad. No estaba segura cuánto tiempo más podría soportarlo. Consideró dar vuelta atrás para salir del túnel, de renunciar y volver a casa, pero no. La fuerza que la impulsaba hacia adelante era demasiado grande.

De nuevo le costaba trabajo respirar. Por un momento estaba segura que se asfixiaría. ¿Qué pasaría si muere aquí? ¿Quién de sus seres queridos sabría de ella? Respiraba poco aire y rápidamente, luego más profundamente. Trataba de imaginar un cielo azul y el calor del sol. Pensaba en su comida favorita, el helado. Sentía el aire cambiar. Más adelante, oía revuelos de impaciencia. Se susurraba que estaban llegando al final. Una ola de emoción la cubrió mientras subía la escalera. Llegó. Lo había logrado. Sus piernas se tambaleaban como fideos, luego se le doblaron. Se sentó y se las frotó

para revivírselas. Pensó en donde estaba y de donde había venido.

Tardó tres semanas para llegar a la frontera desde el pueblo donde ella había vivido toda la vida. Había viajado en autobús cuando podía y caminado cuando no podía. Había dormido donde y cuando podía, gastado tan poco en la comida como podía para tener lo suficiente para pagarle a un coyote para cruzarla. La gente de su pueblo le había ayudado a juntar los medios necesarios para hacerlo todo. Era fácil encontrar un coyote. Simplemente había preguntado.

Sentía que la circulación le volvía a sus piernas. Pensó en el resto de su viaje. Sólo estaba a la mitad de su destino. Había determinado vivir en la parte noreste de su nuevo país, en una gran ciudad, donde había pensado que estaría segura, sólo una persona más entre la muchedumbre. Quería ver la nieve. Había trabajado en América. El dinero se podía ganar y ser enviado a su madre. Podría aspirar a algo más allá de la pobreza y la desesperanza. Un sueño se podría hacer realidad. El suyo era graduarse de la escuela. En su pueblo, uno terminaba su vida escolar a los doce años. Era demasiado caro seguir porque requería vivir en una ciudad más grande. Quería hacer algo con su mente. Era la mejor estudiante de su clase.

El coyote les estaba hablando. Se enfocó en sus palabras. Les dijo dónde estaban y en que dirección quedaba San Diego y Los Ángeles. Les dijo que pusieran tanta distancia como pudieran entre ellos y la pared debajo de la que se habían arrastrado antes del amanecer. Les advirtió sobre las patrullas de

inmigración y la policía. Deseándoles suerte, desapareció por la escalera, deslizó la cubierta que le daba camuflaje a la entrada del túnel y se fue.

Alicia sacó una pequeña linterna y un mapa de la ruta de su bulto. Desdoblaba el mapa cuidadosamente. Estaba raído y sucio y tenía casi tantos agujeros como un trozo gigante de queso suizo. Lo había tenido durante mucho tiempo. Estudiaba el mapa en el tenue resplandor de la luz. Vio la distancia que todavía tenía que cubrir. Dos mil millas. Tal vez más. No estaba segura de cómo llegaría, pero estaba segura que lo haría.

Los demás estaban de pie. La invitaron a acompañarlos. Los vio partir hacia el oeste. Le echó un vistazo más a su mapa, rehízo su bulto y emprendió el rumbo hacia su sueño.

Eso fue hace trece años.

## 1

## El estado presente de las cosas

Rita pensaba que el Sol era su estrella personal. Las demás estaban tan lejos que eran apenas pequeñas centellas, pero el Sol estaba demasiado cerca para mirarlo directamente. Sólo noventa y tres millones de millas de distancia. La bola llameante hecha principalmente de hidrógeno que trajo luz y vida al mundo. Rita sabía mucho sobre el sol. Ella sabía acerca de sus vientos y bengalas. Sabía que tomaba ocho minutos para que su energía llegara hasta aquí. Sabía que era una estrella de tamaño mediano que estaba aproximadamente a la mitad de su vida. Cuatro mil y medio millones de años ya pasados, cuatro mil y medio millones más para vivir. Luego se haría más y más grande, más y más caliente, hasta que finalmente consumiría su planeta.

Se sentó con la espalda contra una chimenea. Ropa recién lavada se agitaba en los tendederos que colgaban a su alrededor. Antenas de televisión deformadas salían en ángulos extraños, como restos de alguna civilización

anterior. El año escolar había terminado. Había sacado As en todas sus materias. Nada menos que la excelencia aceptaba su madre. Su madre era implacable en ese tema. Rita pensaba que su madre era como un negrero.

Ahora el verano había llegado y estaba libre. Durante unos meses al menos. Tenía una lista de libros para leer de la escuela, pero eran sólo tres libros, así que no le parecía gran cosa. Pasaría tiempo en la alberca del centro comunitario. Intentaría encontrar una manera de ganar algo de dinero. Algún tipo de trabajo. Unas pocas horas a la semana. Quería comprar unos zapatos nuevos.

La azotea era adonde iba para estar sola. Era su lugar para pensar, para preguntarse, como lo habían sido las azoteas de los otros edificios donde habían vivido ella y su madre. Podía oír desde las calles las bocinas de los coches y los gritos de los niños jugando. Los vecinos se gritaban el uno al otro desde sus ventanas abiertas. Oía el aullar de las sirenas de los carros de policía. A veces por la noche, los sonidos eran disparos.

La media docena de palomas que estaban alineadas en la pared cercana despegaron de una vez, como si habían recibido un mensaje simultáneo para irse. Se preguntaba si haría amigos aquí. No solía permanecer en un solo lugar el suficiente tiempo para mantener amistades. Se preguntaba cuánto tiempo se quedarían. El alquiler era más barato, pero aún así no era tan barato. Ellas rentaban lo que estuviera disponible y pagaban lo que les pedían, a cambio de que no les

hicieran preguntas. Era de semana a semana. Si uno fallaba en pagar la renta, estaría en la calle.

Ella se preguntaba si su vida cambiaría un día. Parecía que no había salida de la vida presente. No importaba que pudiera ver los edificios altos del centro desde su azotea. O que a veces sentía como si pudiera alcanzarlos y tocarlos. No importaba que la vida que pensaba que fuera posible ahí, era imposible aquí, a corta distancia. Sólo unas pocas millas separaban los dos lugares. Era la misma ciudad. Pero el centro era otro país. No podía imaginar cómo podría llegar a estar allí. Su madre hablaba de la universidad, de la vida que tendría después de graduarse, pero la idea le parecía tan remota a Rita como la de convertirse en astronauta y volar a Marte.

Las chicas que conocía de la escuela ya estaban coqueteando con muchachos. Se preparaban para salir en citas con ellos. Ella no se sentía lista para eso. Pero si quería tener una vida social. Y quería tener novio. Algún día. Apenas si había tenido una conversación con un muchacho. No estaba acostumbrada a su compañía. No estaba segura de cómo iba a aprender a manejar esos asuntos.

Oyó que llamaban su nombre. Llegó el momento de bajarse de la azotea. Ahora. Se preguntaba por qué su madre estaba tan asustada. Había millones de inmigrantes ilegales en el país. ¿Por qué habría alguien que las molestaría a ellas? Miró más allá de las nubes hacia la inmensidad del espacio. La U grande es como llamaba al universo su profesor de ciencias. El señor Harbinger decía que podría haber miles de millones de

soles como el nuestro en la Vía Láctea, y que cada uno podría en teoría tener un planeta como la Tierra girando a su alrededor. La idea capturó su imaginación. Se preguntaba si ahorita, en este mismo minuto, podría haber miles de millones de Ritas sentadas sobre miles de millones de azoteas, todas preguntándose lo mismo.

Oyó su nombre otra vez. Se paró y se estiró. Ella miró el barrio y vio los tejados como el suyo. Al sur estaba el bosque de rascacielos que componía el núcleo de la ciudad. Sólo era una distancia corta para llegar hasta ahí. Recogió la ropa y bajó por las escaleras, más allá del grafiti y de la música a todo volumen y de las voces a veces más fuertes que la música. La fragancia de frijoles con comino y orégano la saludó cuando ella entró en el apartamento. Se dio cuenta que tenía hambre.

—Huele bien —dijo. Hablaba el inglés con el acento de alguien criado en la ciudad.

—Arroz y frijoles —dijo su madre. Alicia hablaba el inglés con un acento que había traído con ella a través del túnel.

—No veniste cuando te llamé —dijo Alicia. Ella no estaba contenta.

—Sí, si vine —dijo Rita. Ella se encaminó a su cuarto.

—Te llamé dos veces —dijo Alicia.

—Te oí una sola vez —dijo Rita.

—Escucha mejor —dijo Alicia. Siguió a su hija.

—No tienes que preocuparte tanto —dijo Rita.

—¿Y por qué no? —le preguntó Alicia.

—Por qué no hay de qué —dijo Rita.

—A más y más gente se le pide identificación —dijo Alicia—. Están deportando a más y más. Se ve en el periódico todos los días.

—Nadie nos va a molestar —dijo Rita.

—Ah bueno —dijo Alicia—. Me siento tranquila.

Rita podía saber por el tono de su madre que era el momento de ponerle fin a esta discusión. —Escucharé mejor —le dijo.

—Gracias —dijo Alicia.

Rita extendió la ropa sobre la cama de su madre y empezó a doblarla. Las camas estaban a cuatro pies de distancia. La habitación medía diez pies de largo. Había un solo armario. La ventana daba a una ventana del edificio de al lado. Estaba cubierta con una persiana rota que no se podía abrir. Alicia empezó a ayudarla con la ropa. A simple vista se hubiera pensado que eran hermanas. Rita tenía la piel de un tono canela ligeramente más claro. Tenía el pelo negro corto y los ojos oscuros, intensos. El pelo de su madre era más largo. Las dos eran casi del mismo tamaño. Las líneas alrededor de los ojos de Alicia mostraban su edad. Revelaban lo que le había costado la vida. Pronto tendría treinta y dos años. Rita tenía doce años.

—Quiero ganar algo de dinero este verano —dijo Rita.

—¿En qué? —Alicia le preguntó.

—Podría hacer mandados —dijo Rita—. Podría lavar platos. Podría hacer entregas. Podría trabajar de niñera.

—Cuando tengas dieciséis años —dijo Alicia.

—Sólo unas horas a la semana —dijo Rita.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque tienes tarea que hacer este verano. Y quiero que pasemos tiempo juntas. Tendrás un trabajo muy pronto.

Rita hizo una cara. —He decidido ganar un montón de dinero cuando crezca —dijo.

—Espero que sí —dijo Alicia y le sonrió—. Mientras tanto vamos al centro mañana. He hecho una lista de hoteles. Tengo un buen presentimiento que encontraré algo.

—Tal vez yo encuentre algo también —dijo Rita.

—Eres terca como tu abuela —dijo Alicia.

—Como tú también —dijo Rita.

Su madre le dio una mirada. Cambiaron el tema a como se vestirían el día siguiente. Alicia tenía un vestido para ir a misa y para ocasiones especiales. Rita tenía una falda y blusa para lo mismo. Aparte de eso, sólo tenían varias combinaciones de blusas y pantalones.

—Si puedo encontrar un trabajo, podremos quedarnos aquí por un tiempo —dijo Alicia—. No es porque no quiera mudarnos.

El apartamento consistía de un cuarto, una cocina y un baño.

—Cuando yo sea rica viviremos donde nos guste —dijo Rita.

—Es bueno saber que me cuidarás en mi vejez —dijo Alicia.

—Nunca serás vieja —dijo Rita.

Después de la cena Alicia sacó las cartas y jugaron al Gin Rummy. Jugaron rápidamente y con gran pasión. Descartaban las cartas con fuerza sobre la mesa, y la

victoria, cuando ocurrió, fue proclamada en voz alta. Cuando una de ellas tardaba demasiado en descartar, la otra empezaba a burlarse de ella. Se quejaban una de la otra de como jugaban. Reían mucho.

En sus camas, con las luces apagadas, platicaban. Lo hacían con frecuencia.

—¿Con qué sueñas? —Rita preguntó.

—A veces con cuando era niña —dijo Alicia—. A veces con mis padres.

—¿Son buenos tus sueños? —

—La mayoría del tiempo. A veces sueño con venir aquí. A veces acerca del túnel.

—¿Siempre querías venir?

—Desde que yo tenía tu edad —dijo Alicia—. Te lo he contado mil veces.

Se quedaron calladas un rato. Rita pensó en la valentía de su madre. No podía imaginarse ser tan valiente.

—¿A veces te arrepientes de tu decisión de venir? —preguntó.

—Nunca —dijo Alicia.

—¿Cómo podría ser peor que aquí? —Rita preguntó.

—La diferencia es que aquí hay esperanza —dijo Alicia—. Además, si no hubiera venido, no estarías tú en la vida.

—Tú hubieras tenido otros hijos —dijo Rita.

—Pero no a ti —dijo Alicia.

—¿A veces tienes pesadillas? —Rita preguntó.

—Por supuesto —dijo Alicia—. Todo el mundo las tiene. ¿Estás teniendo pesadillas?

—Trato de no recordarlas —dijo Rita.

—Acuérdate de los sueños buenos —dijo Alicia.

—Soñé con que estaba volando y no podía bajar —dijo Rita—. Me gustaba estar en el aire, pero estaba asustada. No sabía dónde estaba. No reconocía a nadie.

—Eso significa que pronto tendrás tus alas —dijo Alicia.

—¿Alas? —Rita preguntó.

—Tus alas de adulta —dijo Alicia—. No falta mucho para que seas una mujer.

—¿Cuánto falta? —Rita preguntó.

—Hora de dormir —respondió su madre.